

*En aquel tiempo, salió Jesús de Samaría para Galilea. Jesús mismo había atestiguado: «Un profeta no es estimado en su propia patria». Cuando llegó a Galilea, los galileos lo recibieron bien, porque habían visto todo lo que había hecho en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta. Fue Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había un funcionario real que tenía un hijo enfermo en Cafarnaúm. Oyendo que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a verlo, y le pedía que bajase a curar a su hijo que estaba muriéndose. Jesús le dijo: «Si no veis signos y prodigios, no creéis». El funcionario insiste: «Señor, baja antes de que se muera mi niño». Jesús le contesta: «Anda, tu hijo vive». El hombre creyó en la palabra de Jesús y se puso en camino. Iba ya bajando, cuando sus criados vinieron a su encuentro diciéndole que su hijo vivía. Él les preguntó a qué hora había empezado la mejoría. Y le contestaron: «Ayer a la hora séptima lo dejó la fiebre». El padre cayó en la cuenta de que esa era la hora en que Jesús le había dicho: «Tu hijo vive». Y creyó él con toda su familia. Este segundo signo lo hizo Jesús al llegar de Judea a Galilea.*

Jesús deja Samaría y se dirige a Galilea. Es interesante notar que, a pesar de las tensiones y los conflictos que podían existir en aquella región, Jesús no se limita a quedarse en un solo lugar. Él va hacia donde se necesite su presencia y su palabra, mostrándonos así su amor y compasión universales.

Cuando el oficial real se acerca a Jesús en busca de ayuda para su hijo enfermo, vemos una muestra de fe genuina. A pesar de su posición y autoridad, este hombre reconoce su necesidad y se humilla ante Jesús, confiando en su poder para sanar a su hijo. Este acto de fe nos enseña la importancia de acudir a Jesús en momentos de necesidad, confiando en su poder y misericordia.

La respuesta de Jesús al oficial real es un recordatorio de la importancia de la fe en los milagros divinos. Él le dice: "Vuelve a casa, tu hijo vive". Jesús no necesita estar físicamente presente para sanar; su palabra es suficiente para obrar milagros. Esto nos invita a confiar en las promesas de Dios y a creer en su poder sanador, incluso cuando las circunstancias parecen adversas.

El oficial real regresa a su hogar y encuentra a su hijo sano y salvo. Este evento confirma su fe en Jesús como el Mesías, y toda su familia llega a creer en él. Es un recordatorio de cómo los milagros de Jesús no solo afectan a aquellos directamente involucrados, sino que también pueden tener un impacto en toda una comunidad, llevando a otros a creer en él.

Hoy aprendemos la importancia de la fe genuina en Jesús, en su poder para obrar milagros y el impacto que estos milagros pueden tener en quienes los presencian. Nos invita a confiar en él en todo momento y a reconocer su poder para transformar nuestras vidas y las de aquellos que nos rodean.

Pidamos que la Virgen María nos acompañe en el aprendizaje de acudir a Jesús con fe y confianza en su poder sanador, indispensable para que pueda actuar en nuestras vidas.